

## JUAN PABLO II Y SU MAGISTERIO\*

JORGE MENDOZA VALDEBENITO\*\*

### Resumen

*El magisterio del Papa Juan Pablo II abarcó una extensión de temas en diversos documentos. El presente artículo es una propuesta para sistematizar su pensamiento en torno a dos ejes: por una parte aquellos documentos que giran en torno al hombre y la sociedad y, por otra, los que se refieren a la misión y vocación de la Iglesia.*

**Palabras clave:** hombre, sociedad, Iglesia, misión.

### Abstract

*Pope John Paul II's teaching embraced many topics in numerous documents. This article is a proposal to systematise his thought regarding two axes: on one side, those documents concerning man and society, and, on an other side, the ones related to the mission and calling of the Church.*

**Key words:** man, society, Church, mission.

El pontificado de S.S. Juan Pablo II permite, luego de su fallecimiento, una presentación global de lo que fue su Magisterio. Evidentemente sería un despropósito el sólo intentarlo en las pocas páginas de este artículo. Es por ello que lo que haré a

---

\* El presente trabajo fue publicado anteriormente en *Veritas* 8 (2000), 103-126. Aquí aparece con ligeras modificaciones con ocasión del homenaje al Papa Juan Pablo II.

\*\* Profesor de Historia, Geografía y Ciencias Sociales por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Licenciado en Ciencias del Desarrollo por ILADES. Profesor Titular en el Instituto de Ciencias Religiosas (*Ad instar Facultatis*) de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y Profesor en el Pontificio Seminario Mayor San Rafael. Entre sus publicaciones cabe destacar los títulos *Iglesia y Modernidad. Selección de textos del magisterio* (1999), «La muerte y el sentido de la vida» (2002), «La cultura en los documentos de la Conferencia Episcopal de Chile» (2004).

continuación es tratar de presentar una sistematización de sus grandes documentos, vale decir, sus encíclicas, exhortaciones y algunas de sus cartas apostólicas que, en mi criterio, resultan pertinentes, agrupándolas en dos grandes líneas temáticas que paso a describir.

Una acotación previa es que estas dos líneas de pensamiento no resultan divergentes sino paralelas y, de algún modo, requieren de una lectura que las vaya complementando. Por una parte están las preocupaciones por el hombre y su entorno social y por otra las preocupaciones por definir, de cara al tercer milenio de la Iglesia, su origen y su misión. Al primer grupo de documentos pertenecen aquellos que claramente se enmarcan en la Doctrina Social de la Iglesia y que responden al carácter pastoral de la misma y, al segundo grupo los que denominaré teológico-eclesiales. Ambos grupos tienen como nexo la preocupación por los hombres de nuestro tiempo.

Una segunda advertencia: los documentos no están tratados en el orden cronológico en que fueron publicados, sino en base a un criterio de interpretación y de presentación de las claves de lecturas que permitan, en este intento, un primer acercamiento al pensamiento global de S.S. Juan Pablo II.

## 1. Los documentos en torno al hombre y la sociedad

Dos son los documentos claves en este primer grupo: *Centesimus Annus* (mayo de 1991)<sup>1</sup> y *Redemptor Hominis* (marzo de 1979)<sup>2</sup>. En ambos documentos la afirmación central es que "el

<sup>1</sup> Con esta encíclica conmemora los cien años de *Rerum Novarum*; su carácter central es la invitación a mirar la «cosas nuevas», a «mirar el futuro», al modo como lo hizo León XIII en su momento. Ambas miradas despiertan incógnitas y promesas que interpelean la imaginación y la creatividad. En su primera parte analiza los rasgos característicos de la *Rerum Novarum* y de los cambios políticos, económicos, sociales y científicos que tuvo que enfrentar. A partir de allí pasa a las «cosas nuevas» que caracterizan nuestra época.

<sup>2</sup> Esta es la primera encíclica de su pontificado y se aboca a la misión de la Iglesia en cuanto debe llevar la Redención al hombre. La justificación de su

hombre es el camino de la Iglesia<sup>3</sup>; de hecho el capítulo VI de la *Centesimus Annus* lleva por título dicha afirmación. Con esto tenemos la primera gran clave de lectura de su pensamiento: el hombre y los problemas de su entorno que lo afectan, destacando entre estos últimos uno que será recurrente como tópico de estudio, la cultura<sup>4</sup>.

### 1.1. *La Iglesia y el hombre*

Pero volvamos a la primera de las claves, el hombre. Una primera distinción radica en que se está refiriendo al hombre concreto, real e histórico y no a la abstracción que podamos hacer de él; además, y para reforzar esta idea, dice que se trata de cada hombre<sup>5</sup>. Cuando nos remite a estas cuatro características nos indica tanto la importancia de cada ser humano, incluyéndonos a cada uno de nosotros, como también la importancia y la valoración de nuestra condición de seres situados, con existencia dentro de un momento histórico y con una visión y percepción del mundo que le da forma a la realidad en que vivimos. Desconocer u olvidar la dimensión de seres históricos<sup>6</sup> y situados tendría como consecuen-

---

existencia es el servicio al hombre, concreto e histórico. Uno de los temas centrales que analiza son los miedos del hombre contemporáneo.

<sup>3</sup> Sobre la preocupación de la Iglesia, especialmente de lo que ha sido el Magisterio de Juan Pablo II, remito a mi artículo «La centralidad del hombre en la misión de la Iglesia», publicado en *Veritas* 5 (1997).

<sup>4</sup> Respecto al tema de la cultura remito a mi artículo «La inculturación del Evangelio. Comentarios a las Orientaciones Pastorales "Jesucristo ayer, hoy y siempre"», publicado en *Documentos Eclesiales. Magisterio Pontificio y Episcopal*, 1996-1997, Instituto de Ciencias Religiosas de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. El mismo artículo fue publicado en *Veritas* 4 (1996) con el título «La inculturación del Evangelio».

<sup>5</sup> Cfr. *Centesimus Annus* n° 53; *Redemptor Hominis* n° 13; *Laborem Exercens* n° 1.

<sup>6</sup> «En el cristianismo el tiempo tiene una importancia fundamental. Dentro de su dimensión se crea el mundo, en su interior se desarrolla la historia de la salvación, que tiene su culmen en la plenitud de los tiempos de la Encarnación y su término en el retorno glorioso del Hijo al final de los tiempos», *Tertio Millennio Adveniente* n° 10. En otro lugar: «la historia es el lugar donde podemos constatar la acción de Dios a favor de la humanidad. Él se nos manifiesta en lo que para nosotros es más familiar y fácil de verificar, porque

cia una predicación del Evangelio desvinculada de los seres concretos a quienes va dirigida y, por lo tanto, su ineficacia como instrumento de evangelización.

Papel central en la labor evangelizadora del hombre es el servicio que la Iglesia le presta a cada hombre en particular, y a la sociedad en general, respecto de la búsqueda de sentido. En esta búsqueda del sentido<sup>7</sup>, de las preguntas que acucian al hombre generación tras generación, la Iglesia se sirve tanto del depósito que ha hecho en ella la Revelación, y que se expresa en la antropología teológica<sup>8</sup>, como en la ayuda que recibe de las ciencias, especialmente las llamadas humanas, y de la filosofía. El conocimiento, el descubrimiento del hombre que se logra a través de estas ciencias permite interpretar de mejor forma esta misma centralidad del hombre, la que no debe confundirse con un antropocentrismo que hace manar todo el conocimiento sólo desde la capacidad racional del hombre.

La Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*<sup>9</sup>, entre otros aspectos, nos hace una propuesta antropológica que se estructura en torno a dos términos: el misterio de la Encarnación y el ideal de santidad como punto teleológico de la vida del hombre. Ambos temas fueron tratados, con diferente amplitud, en el Magisterio de S.S. Juan Pablo II.

---

pertenece a nuestro contexto cotidiano, sin el cual no llegaríamos a comprendernos», *Fides et Ratio* n° 12. Por último: «éste (el hombre) no es una “cosa” o un “objeto” del cual servirse; sino que es siempre y sólo un “sujeto”, dotado de conciencia y libertad, llamado a vivir responsablemente en la sociedad y en la historia, ordenado a valores espirituales y religiosos», *Christifideles Laici* n° 5. Véase también *Familiaris Consortio* n° 6, *Sollicitudo Rei Socialis* n° 27, 28 y 31; *Centesimus Annus* n° 29.

<sup>7</sup> Cfr. *Centesimus Annus* n° 55. En otra parte: «el hombre cuanto más conoce la realidad y el mundo y más se conoce a sí mismo en su unicidad, le resulta más urgente el interrogante sobre el sentido de las cosas y sobre su propia existencia (...). Son preguntas que tienen su origen común en la necesidad de sentido que desde siempre acucia el corazón del hombre: de la respuesta que dé a tales preguntas, en efecto, depende la orientación que se dé a la existencia», *Fides et Ratio* n° 1.

<sup>8</sup> Cfr. *Centesimus Annus* n° 55.

<sup>9</sup> *Novo Millennio Ineunte*, Juan Pablo II, Carta Apostólica, 2001.

En un primer acercamiento el misterio de la Encarnación es presentado según el magisterio tradicional de la Iglesia, vale decir, en la formulación clásica del Concilio de Calcedonia: «Una persona en dos naturalezas» y luego explicado en cuanto a que sus dos naturalezas, sin confusión alguna, pero sin separación alguna posible, son la divina y la humana<sup>10</sup>. Inmediatamente empieza con su acercamiento al mensaje que quiere explicitar en esta Carta Apostólica, al poner de manifiesto los posibles énfasis o acentos que se pueden hacer al respecto:

«Si hoy, con el racionalismo que reina en gran parte de la cultura contemporánea, es sobre todo la fe en la divinidad de Cristo lo que constituye un problema, en otros contextos históricos y culturales hubo más bien la tendencia a rebajar o desconocer el aspecto histórico concreto de la humanidad de Jesús. Pero para la fe de la Iglesia es esencial e irrenunciable afirmar que la Palabra 'se hizo carne' y asumió todas las características del ser humano, excepto en el pecado (cf. Hb 4,15). En esta perspectiva, la Encarnación es verdaderamente una kenosis, un "despojarse", por parte del Hijo de Dios, de la gloria que tiene desde la eternidad (cf. Flp 2, 2-8; 1P 3,18)»<sup>11</sup>

Es a través de la Encarnación que el Hijo de Dios se transforma en un ser concreto e histórico, lo que trae varias consecuencias que es necesario ahondar. En primer lugar revela el plan de Dios sobre toda la creación y en particular sobre el hombre<sup>12</sup>: le muestra su verdadera vocación en la posibilidad e

<sup>10</sup> Ibid., n° 21.

<sup>11</sup> Ibid., n° 22.

<sup>12</sup> «Cristo, Hijo consustancial al Padre, es pues Aquel que *revela el plan de Dios sobre toda la creación, y en particular sobre el hombre*. Como afirma de modo sugestivo el Concilio Vaticano II, Él "*manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación*". Le muestra esta vocación revelando el misterio del Padre y de su amor. "Imagen de Dios invisible", Cristo es el hombre perfecto que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el pecado. En su naturaleza humana, libre de todo pecado y asumida en la Persona divina del Verbo, la naturaleza común a todo ser humano viene elevada a una altísima dignidad: "El Hijo de Dios con su encarnación *se ha unido en cierto modo con todo hombre*. Trabajó con manos de

invitación a convertirse en hijo de Dios. Sin la Encarnación se producirían dos consecuencias: no tendríamos acceso a Dios por este nuevo puente (*Pontifex*) que nos ofrece Jesucristo y no tendríamos el ejemplo de una vida plenamente humana. Jesús, el Jesús histórico, es ejemplo de lo que cada hombre debe ser y hacer en su vida para lograr la plenitud de su humanidad. Gracias a Él se da la posibilidad de plenitud de la humanidad que, como veremos más adelante, es uno de los aspectos que define la santidad<sup>13</sup>.

Pero el hecho es que la Palabra se encarnó y entonces Dios entra en la historia del hombre<sup>14</sup>. Ya no es sólo el hombre el que busca a Dios, sino Dios que viene en persona al encuentro del hombre<sup>15</sup>; se trata de un Dios que se ha puesto al lado de su

hombre, pensó con inteligencia de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdacramente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado (G.S. n° 22)», *Tertio Millennio Adveniente* n° 4.

<sup>13</sup> «... la santidad representa al vivo el rostro de Cristo», n° 7. «Por esto precisamente, Cristo Redentor, como se ha dicho anteriormente, revela plenamente el hombre al mismo hombre. Tal es —si se puede expresar así— la dimensión humana del misterio de la Redención. En esta dimensión el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad. En el misterio de la Redención el hombre es “confirmado” y en cierto modo es nuevamente creado», *Redemptor Hominis* n° 10.

<sup>14</sup> *Novo Millennio* n° 5.

<sup>15</sup> «Encontramos aquí el punto esencial por el que el cristianismo se diferencia de otras religiones, en las que desde el principio se ha expresado la búsqueda de Dios por parte del hombre. El cristianismo comienza con la Encarnación del Verbo. Aquí no es sólo el hombre quien busca a Dios, sino que es Dios quien viene en Persona a hablar de sí al hombre y a mostrarle el camino por el cual es posible alcanzarlo», *Tertio Millennio Adveniente*, n° 6. «En Cristo la religión ya no es un “buscar a Dios a tientas”, sino una respuesta de fe a Dios que se revela: respuesta en la que el hombre habla a Dios como a sí Creador y Padre; respuesta hecha posible por aquel Hombre único que es al mismo tiempo el Verbo consustancial al Padre, en quien Dios habla a cada hombre y cada hombre es capacitado para responder a Dios. Más todavía, en este Hombre responde a Dios la creación entera», *Ibid.* «En Jesucristo Dios no sólo habla al hombre, sino que lo busca. La Encarnación del Hijo de Dios testimonia que Dios busca al hombre. De esta búsqueda Jesús habla como del hallazgo de la oveja perdida (cfr. Lc. 15, 1-7). Es una búsqueda que nace de lo íntimo de Dios y tiene su punto culminante en la Encarnación del Verbo. Si Dios va en busca del hombre, creado a su imagen y

criatura<sup>16</sup> para, de este modo acompañarla en su camino hacia Él. Con la Encarnación el hombre ya no está solo en su búsqueda de sentido: Dios le es familiar, se le muestra para encantarle y propiciar su crecimiento como ser humano y como hijo de Dios.

Otra consecuencia de la Encarnación es la revalorización de la vida humana. Si de suyo ya es valiosa, lo es más en este rescate de su dignidad que es el hecho que la Palabra haya tomado para sí esta naturaleza. De ahí que el respeto a la vida humana adquiere un carácter sacramental<sup>17</sup>.

Un punto que requiere ser destacado es la importancia que cobra, en la perspectiva de la Encarnación, la historia<sup>18</sup>. El cristiano, como Cristo en su Encarnación, no se sitúa fuera de ella, sino en su interior. No busca sólo un Reino en la metahistoria sino que lo hace en la realidad concreta de cada comunidad y, específicamente, de cada comunidad eclesial<sup>19</sup>. A estos hombres

semejanza, lo hace porque lo ama eternamente en el verbo y en Cristo lo quiere elevar a la dignidad de hijo adoptivo»; *Ibid.*, n° 7.

<sup>16</sup> *Novo...* n° 4.

<sup>17</sup> «De la sacralidad de la vida deriva su carácter inviolable, inscrito desde el principio en el corazón del hombre, en su conciencia. La pregunta “¿Qué has hecho?” (Gen 4, 10), con la que Dios se dirige a Caín después que éste hubiera matado a su hermano Abel, presenta la experiencia de cada hombre: en lo profundo de su conciencia siempre es llamado a respetar el carácter inviolable de la vida —la suya y la de los demás—, como realidad que no le pertenece, porque es propiedad y don de Dios Creador y padre», *Evangelium Vitae*, n° 40. Sobre el respeto a la vida humana se puede revisar *Evangelium Vitae* desde el n° 33 al 43.

<sup>18</sup> «En el cristianismo el tiempo tiene una importancia fundamental. Dentro de su dimensión se crea el mundo, en su interior se desarrolla la historia de la salvación, que tiene su culmen en la “plenitud de los tiempos” de la Encarnación y su término en el retorno glorioso del Hijo de Dios al final de los tiempos. En Jesucristo, Verbo encarnado, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios, que en sí mismo es eterno. Con la venida de Cristo se inician los “últimos tiempos” (cf. Hb. 1,2), la “última hora” (cf. Jn 2,18), se inicia el tiempo de la Iglesia que durará hasta la Parusía», *Tertio...* n° 10. «Así pues, la historia es el lugar donde podemos constatar la acción de Dios a favor de la humanidad. Él se manifiesta en lo que para nosotros es más familiar y fácil de verificar, porque pertenece a nuestro contexto cotidiano, sin el cual no llegaríamos a comprendernos», *Fides et Ratio* n° 12.

<sup>19</sup> *Novo...* n° 3.

concretos<sup>20</sup> es a los que el Santo Padre observaba en su calidad de peregrinos tratando de imaginar "la historia de su vida, llena de alegrías, ansias y dolores; una historia de encuentro con Cristo y que en el diálogo con Él reemprendían su camino de esperanza"<sup>21</sup>.

El Evangelio entra en la historia, y aún cuando su programa no cambia en lo medular con el transcurso del tiempo, entra en un verdadero diálogo con las culturas<sup>22</sup> en que viven los hombres para lograr así una comunicación eficaz<sup>23</sup> que permita la conversión hacia el Dios que se hizo uno más entre los hombres.

El segundo aspecto relevante, y como ya dije anteriormente, recurrente en su magisterio, es el tema de la cultura, afirmando que toda actividad humana tiene lugar dentro de una cultura y se realiza en una recíproca relación:

<sup>20</sup> «No se trata del hombre abstracto, sino del hombre real, concreto e histórico: se trata de cada hombre, porque a cada uno llega el misterio de la redención, y con cada uno se ha unido Cristo para siempre a través de este misterio. De ahí se sigue que la Iglesia no puede abandonar al hombre, y que este hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión (...), camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio de la encarnación y de la redención», *Centesimus Annus* n° 53.

<sup>21</sup> *Novo...* n° 8.

<sup>22</sup> «Toda la actividad humana tiene lugar dentro de una cultura y tiene una recíproca relación con ella. Para una adecuada formación de esa cultura se requiere la participación directa de todo el hombre, el cual desarrolla en ella su creatividad, su inteligencia, su conocimiento del mundo y de los demás hombres. A ella dedica también su capacidad de autodomínio, de sacrificio personal, de solidaridad y disponibilidad para promover el bien común. Por esto, la primera y más importante labor se realiza en el corazón del hombre, y el modo como éste se compromete a construir el propio futuro depende de la concepción que tiene de sí mismo y de su destino. Es a este nivel donde tiene lugar la contribución específica y decisiva de la Iglesia a favor de la verdadera cultura», *Centesimus...* n° 51. «El Evangelio, y por consiguiente la evangelización, no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura y la construcción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independientes con respecto a las culturas, Evangelio y evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna», *Evangelii Nuntiandi* n° 20.

<sup>23</sup> *Novo...* n° 29.



«Al hombre se le comprende de manera más exhaustiva si es visto en la esfera de la cultura a través de la lengua, la historia y las actitudes que asume frente a los acontecimientos fundamentales de su existencia, como son nacer, amar, trabajar, morir. El punto central de toda cultura lo ocupa la actitud que el hombre asume ante el misterio más grande: el misterio de Dios»<sup>24</sup>.

De las afirmaciones anteriores derivan dos líneas de pensamiento que luego desarrollará en otros documentos. Por una parte lo que es la conversión<sup>25</sup> y la responsabilidad personales y, por otra, lo que constituyen las responsabilidades de la sociedad respecto de sus miembros<sup>26</sup>. De aquí la necesidad de una verdadera

<sup>24</sup> *Centesimus Annus* n° 24.

<sup>25</sup> *Redemptor Hominis* n° 16: «No se avanzará en este camino difícil de las indispensables transformaciones de la vida económica, sino se realiza una verdadera conversión de las mentalidades y de los corazones». También *Redemptoris Missio* n° 56; *Redemptor Hominis* n° 12 y 16.

<sup>26</sup> Uno de los tópicos recurrentes en el pensamiento de Juan Pablo II es salvar la responsabilidad personal, sin la cual poco se podría decir de la dignidad humana. Un primer momento de reflexión lo lleva a poner luz en la relación Estado-persona, dada la constante tentación de liberar a los individuos de ellas para que sea el Estado el que las asuma: «En los últimos años ha tenido lugar una vasta ampliación de este tipo de intervención, que ha llevado a constituir en cierto modo un Estado de índole nueva: el "Estado de bienestar". Esta evolución se ha dado en algunos Estados para responder de manera más adecuada a muchas necesidades y carencias tratando de remediar formas de pobreza y de privación indignas de la persona humana. No obstante no han faltado excesos y abusos que, especialmente en los años más recientes, han provocado duras críticas a ese Estado de bienestar, calificado como "Estado asistencial". Deficiencias y abusos del mismo derivan de una inadecuada comprensión de los deberes propios del Estado. En este ámbito también debe ser respetado el principio de subsidiariedad», *Centesimus Annus* n° 48. Sin embargo, tampoco elude el que estas responsabilidades personales se encuentran condicionadas por diversas situaciones sociales: «no se pueden ignorar los innumerables condicionamientos, en medio de los cuales viene a encontrarse la libertad individual a la hora de actuar: de hecho la influncian, pero no la determinan; facilitan más o menos su ejercicio, pero no pueden destruirla. No sólo no es lícito desatender desde el punto de vista ético la naturaleza del hombre que ha sido creado para la libertad, sino que ni siquiera es posible en la práctica. Donde la sociedad se organiza reduciendo de manera arbitraria o incluso eliminando el ámbito en que se ejercita legítimamente la libertad, el

cultura que sirva al propósito de brindar sentido a la vida tanto en lo individual como en la relación recíproca que significa el vivir en sociedad. Sobre esta responsabilidad recíproca abundan diferentes pasajes de su pensamiento y sobre ellos volveré más adelante.

Un tercer aspecto relevante, que también se encuentra presente de diferentes modos en su pensamiento, es el llamado de atención sobre las actitudes que tienden sea a la instrumentalización de los demás como a la imposición a los demás de la propia concepción de la verdad y del bien. En palabras más simples, su rechazo a los totalitarismos, los fundamentalismos y los fanatismos<sup>27</sup>.

Para que la Iglesia pueda cumplir este aspecto de su misión, en la encíclica *Redemptor Hominis* se afirma que ella no es la destrucción sino la purificación y la nueva construcción de una cultura<sup>28</sup> que, sin despreciar las culturas del hombre, las eleve hacia una que represente y encarne los valores evangélicos. Su misión en la construcción de esta nueva cultura es acompañar al hombre en su caminar velando porque se dé en una relación de honesta respecto de la verdad<sup>29</sup>, ya que ella es condición indispensable para una auténtica libertad y la consiguiente responsabilidad.

Por otra parte el hombre contemporáneo parece amenazado por sus propias obras, precisamente por las que mejor expresan su capacidad intelectual, científica y tecnológica. El hombre se siente «alienado» y se pregunta constantemente sobre si el progreso del que es autor hace la vida «más humana y más digna»<sup>30</sup>. Ante este dilema la Iglesia se hace responsable por la

---

resultado es la desorganización y la decadencia progresiva de la vida social», *Centesimus Annus* n° 25. Este equilibrio entre lo personal y lo social es claramente expuesto respecto del pecado social: «Todo pecado es *personal* bajo un aspecto; bajo otro aspecto, todo pecado es *social*, en cuanto y debido a que tiene consecuencias sociales», *Reconciliatio et Paenitentia* n° 15. Sobre las responsabilidades sociales y sus condicionamientos sociales ver: *Evangelium Vitae* n° 4, 12, 18, 24 y 69; *Centesimus Annus* n° 13; *Dives in Misericordia* n° 12; *Reconciliatio et Paenitentia* n° 18; *Veritatis Splendor* n° 33 y 46.

<sup>27</sup> Cfr. *Centesimus Annus* n° 44, 45 y 46.

<sup>28</sup> Cfr. *Redemptor Hominis* n° 12.

<sup>29</sup> Ibid.

<sup>30</sup> Cfr. *Redemptor Hominis* n° 15 y 16.

verdad de la que es depositaria y llama a unir la ciencia y la fe en una mutua compenetración que dé por resultado la verdadera sabiduría. Para este logro Juan Pablo II no trepida en reclamar la necesidad de considerar un cierto pluralismo de métodos<sup>31</sup> que ayude a los hombres en su constante búsqueda de la verdad.

## 1.2. *La Iglesia y los problemas sociales*

Situado de esta manera ante la misión pastoral de la Iglesia se aboca a los problemas concretos en los que vive el hombre. En este orden de su pensamiento aparece la encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* (1987)<sup>32</sup> que, de algún modo, da la pauta a los otros documentos de carácter social. En ella se distinguen claramente tres puntos señeros: un panorama del mundo contemporáneo, consideraciones en torno al auténtico desarrollo humano y una lectura teológica de los problemas modernos.

En el primero de ellos inicia su visión con la constatación respecto de la falta de optimismo<sup>33</sup> que el progreso verdaderamente haya redundado en un desarrollo para todos. Para ello se basa en el abismo cada vez mayor entre los países desarrollados y

<sup>31</sup> «Como en las épocas anteriores, así también hoy —y quizás todavía más— los teólogos y todos los hombres de ciencia de la Iglesia están llamados a unir la fe con la ciencia y la sabiduría para contribuir a su recíproca compenetración (...). En este campo del conocimiento humano, que continuamente se amplía y al mismo tiempo se diferencia, también la fe debe profundizarse constantemente, manifestando la dimensión del misterio revelado y tendiendo a la comprensión de la verdad, que tiene en Dios la única fuente suprema. Si es lícito —y es necesario incluso desearlo— que el enorme trabajo por desarrollar en este sentido tome en consideración un cierto pluralismo de métodos, sin embargo dicho trabajo no puede alejarse de la unidad fundamental de la enseñanza de la Fe y de la moral, como fin que le es propio», *Redemptor Hominis* n° 19.

<sup>32</sup> En esta encíclica destaca la preocupación de la Iglesia por el *desarrollo auténtico del hombre y de la sociedad*, insistiendo en que ella es sólo guía para incentivar a los hombres a dar una respuesta con la ayuda de la razón y de las ciencias humanas a su *vocación de constructores de la sociedad terrena*. Retoma lo dicho en *Populorum Progressio* y actualiza sus enseñanzas en el mundo contemporáneo, especialmente respecto del optimismo inicial sobre el desarrollo económico, que no ha podido superar situaciones de injusticia.

<sup>33</sup> Cfr. *Sollicitudo Rei Socialis* n° 12.

los subdesarrollados, esquema que se repite al interior de cada país. Por otra parte han surgido nuevas formas de pobreza en cuanto se constatan otro tipo de «carencias»<sup>34</sup> que afectan a las personas más allá del ámbito exclusivamente económico. También consigna la existencia de bloques ideológicos contrapuestos que desvían recursos hacia el armamentismo y generan terrorismo, guerras y refugiados.

Frente a esta situación presenta sus propuestas en torno al auténtico desarrollo humano, al que parte definiendo como no automático, ni rectilíneo, ni de por sí ilimitado<sup>35</sup>. Con esta afirmación entra de lleno en contraposición con uno de los postulados de la cultura moderna que basa la infinitud del progreso en la sola voluntad de querer que sea así. A renglón seguido se aboca al tema de la felicidad, la que no consiste en la acumulación de bienes y servicios, sino en encontrar un sentido<sup>36</sup> para entregarse uno mismo al servicio de los demás<sup>37</sup>. Esto lleva a entender el desarrollo como un deber de cooperación, no de competencia, de todos para con todos, de reconocimiento de la propia dignidad y de la dignidad y derechos de los demás. Con ello

<sup>34</sup> «Llegados a este punto conviene añadir que en el mundo actual se dan otras formas muchas *formas de pobreza*. En efecto, ciertas carencias o privaciones merecen tal vez este nombre. La negación o limitación de los derechos humanos — como, por ejemplo el derecho a la libertad religiosa, el derecho a participar en la construcción de la sociedad, la libertad de asociación o de formar sindicatos o de tomar iniciativas en materia económica— ¿no empobrecen tal vez a la persona humana igual o más que la privación de bienes materiales? Y un desarrollo que no tenga en cuenta la afirmación de estos derechos ¿es verdaderamente desarrollo humano?. En pocas palabras, el subdesarrollo de nuestros días no es sólo económico, sino también cultural, político y simplemente humano, como ya indicaba hace veinte años la encíclica *Populorum Progressio*. Por consiguiente, es menester preguntarse si la triste realidad de hoy no sea, al menos en parte, el resultado de una *concepción demasiado limitada*, es decir prevalentemente económica, del desarrollo», *Sollicitudo Rei Socialis* n° 15.

<sup>35</sup> Dice: «el desarrollo *no es* un proceso rectilíneo, casi *automático y de por sí ilimitado*, como sí, en ciertas condiciones, el género humano marchara seguro hacia una especie de perfección indefinida», *Sollicitudo Rei Socialis* n° 27.

<sup>36</sup> Sobre el sentido ver nota 7.

<sup>37</sup> Cfr. *Sollicitudo Rei Socialis* n° 28.

el desarrollo rebasa los límites del crecimiento económico y entra de lleno en el campo de la moral.

La lectura teológica de los problemas modernos nos remite fundamentalmente a considerar que detrás de las estructuras siempre está presente la responsabilidad de las personas, que han absolutizado sus actitudes hasta transformar el mundo en un conjunto de bloques luchando por sus propios intereses y expansión<sup>38</sup>.

Luego de esta encíclica introductoria nos encontramos con los documentos que tratan temas específicos que tienen referencia al esquema y criterios de interpretación de *Sollicitudo Rei Socialis*. El primer documento es la encíclica *Laborem Exercens* (1981), que trata la situación del trabajo en el mundo contemporáneo. Destaca el Pontífice que el tema del trabajo es la clave de la cuestión social<sup>39</sup>, por cuanto su finalidad es hacer la vida humana más humana, ya que tanto es la expresión de un crecimiento personal que se entrega al servicio de los demás como es la aportación al mandato de dominar la creación. Por ello distingue, y fundamenta bíblica y teológicamente, el trabajo subjetivo como expresión de la dignidad personal que se expresa en la dimensión objetiva del trabajo realizado como contribución y responsabilidad asumida<sup>40</sup>.

Un documento que se nexa al anterior por la temática de la responsabilidad para con los demás es la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* (1988) al situar a los creyentes frente al problema del secularismo y la necesidad de lo religioso presente en cada hombre y en las sociedades en las cuales vive<sup>41</sup>. La religiosidad

<sup>38</sup> Ibid., n° 36.

<sup>39</sup> Cfr. *Laborem Exercens* n° 3.

<sup>40</sup> Ibid., n° 4 al 9.

<sup>41</sup> «Y sin embargo la aspiración y la necesidad de lo religioso no pueden ser suprimidos totalmente. La conciencia de cada hombre, cuando tiene el coraje de afrontar los interrogantes más graves de la existencia humana, y en particular el del sentido de la vida, del sufrimiento y de la muerte, no puede dejar de hacer propia aquella palabra de verdad proclamada a voces por San Agustín: "Nos has hecho, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que no descansa en Ti". Así también, el mundo actual testifica, siempre de manera más amplia y viva, la apertura a una visión espiritual y trascendente de la vida, el despertar de una búsqueda religiosa, el retorno del sentido de lo sacro y a la oración, la voluntad de ser libres en el invocar el Nombre del Señor», *Christifideles Laici* n° 4.

remite a la constante búsqueda de respuestas a los interrogantes de la existencia humana, respuestas que den sentido a la vida, al sufrimiento y a la muerte. Este mismo tema es también introductorio a la encíclica *Fides et Ratio*.

Nuevamente muestra un elenco de preocupaciones en torno a la persona humana, a la que ve amenazada por múltiples violaciones a su dignidad, olvidando que la sacralidad de la persona impide que pueda ser considerada como «cosa»<sup>42</sup> («material disponible» dirá en *Evangelium Vitae*) y que, en cambio, siempre debe ser considerada en su esencia de «sujeto», cuestión que reitera lo dicho respecto del trabajo subjetivo.

Esta persona, cada persona, está llamada a la santidad, entendiéndola que la santidad es la perfección que sólo puede dar la caridad, el amor<sup>43</sup>. Por esto mismo el santo siempre es fuente y origen de renovación en las circunstancias difíciles de la Iglesia y de la humanidad. Porque la santidad es la perfección de la caridad es que el creyente está llamado a santificarse en la inserción en las realidades temporales y asumiendo su responsabilidad de participar en las actividades terrenales propias de su condición de ser situado e histórico. Un dato que parece como apéndice, pero que es fundamental para otro de los temas que van cruzando su magisterio, es la variedad de vocaciones y de visiones y servicios. Esto lo llevará constantemente al tema de la pluralidad<sup>44</sup>.

A continuación se pueden ubicar tres documentos que están dedicados a un tema que también es muy querido en el pensamiento de Juan Pablo II: la Iglesia doméstica. El primero de ellos es la exhortación apostólica *Familiaris Consortio* (1981), dedicada a la familia en el mundo de hoy y la encíclica *Redemptoris Mater* (1987) junto con la carta apostólica *Mulieris Dignitatem* (1988) acerca de la mujer.

En *Familiaris Consortio* analiza tanto los aspectos positivos como los negativos que afectan a la familia en el mundo de hoy. Entre los aspectos positivos destaca una conciencia más viva de la

<sup>42</sup> Ibid., n° 5.

<sup>43</sup> Ibid., n° 16.

<sup>44</sup> Para una exploración respecto del tema remito a mi artículo «Autonomía, pluralismo y convivencia social», publicado en *Veritas* 7 (1999).

libertad personal que redundará en una mejor calidad de las relaciones interpersonales en el matrimonio, con la consiguiente promoción de la dignidad de la mujer junto con una procreación responsable y una mejor calidad en la educación de los hijos<sup>45</sup>.

Sin embargo, la familia no está exenta de riesgos, especialmente cuando la libertad que se ve como positiva deriva en una concepción teórica y práctica de la independencia de los cónyuges, o una ambigua relación padres e hijos y en las ya consabidas prácticas del divorcio, el aborto y la esterilización. En la base de estos problemas de la familia está la corrupción de la idea de libertad que es entendida como fuerza autónoma de autoafirmación<sup>46</sup>.

Por ello es que el llamado de Juan Pablo II vuelve a reiterar su llamado a evangelizar la cultura, llevándola a la verdadera sabiduría<sup>47</sup>. Para ello nuevamente advierte sobre la necesidad de aceptar en las culturas de los pueblos todo aquello que está en condiciones de expresar mejor las inagotables riquezas de Cristo. En primer lugar la afirmación que el hombre es imagen de Dios amor<sup>48</sup> y que en esta condición le corresponde participar en el desarrollo de la sociedad a través de una experiencia de comunión y participación que haga realidad su responsabilidad con la sociedad y con la toma de decisiones políticas que afectan a la familia y a las personas que se forman en ella<sup>49</sup>.

<sup>45</sup> Cfr. *Familiaris Consortio* n° 6.

<sup>46</sup> «En la base de estos fenómenos negativos está muchas veces una corrupción de la idea y de la experiencia de la libertad, concebida no como capacidad de realizar la verdad del proyecto de Dios sobre el matrimonio y la familia, sino como una fuerza autónoma de autoafirmación, no raramente contra los demás, en orden del propio bienestar egoísta», *Ibid.*

<sup>47</sup> *Ibid.*, n° 8.

<sup>48</sup> *Ibid.*, n° 11.

<sup>49</sup> «La familia posee vínculos vitales y orgánicos con la sociedad, porque constituye su fundamento y alimento continuo mediante su función de servicio a la vida. En efecto, de la familia nacen los ciudadanos, y éstos encuentran en ella la primera escuela de sus virtudes sociales, que son el alma de la vida y del desarrollo de la sociedad misma. Así la familia, en virtud de su naturaleza y vocación, lejos de encerrarse en sí misma, se abre a las demás familias y a la sociedad, asumiendo su función social», *Familiaris Consortio* n° 42.

Obviamente la mujer es un pilar fundamental en la constitución de la familia. Por ello es que los dos documentos ya señalados se encargan de señalar la igualdad de hombre y mujer en su dignidad y, por lo tanto, libres de subordinación y en perfecta reciprocidad. Para el cumplimiento de esta afirmación señala los múltiples obstáculos que aún afectan a la mujer, tales como los condicionamientos sociales, los abusos en diversos ámbitos y la opresión y violencia que persisten por causa de su maternidad y de su sexualidad.

Un último grupo de documentos, junto con manifestar preocupaciones por problemas específicos inician la formulación de líneas de salida y solución a los mismos y a los ya mencionados anteriormente, son *Salvifici Doloris* (1984), *Reconciliatio et Paenitentia* (1984) y *Evangelium Vitae* (1985). El primero destinado fundamentalmente a las personas y a la cultura que no es capaz de hacerle entender la dimensión salvífica del dolor y el sufrimiento y los dos siguientes destinados principalmente a la solución de los problemas que más directamente tienen relación con la convivencia social.

*Salvifici Doloris* nos pone ante el misterio del dolor y el sufrimiento, ante la presencia del mal que es la causa de ambos<sup>50</sup>. Por una parte se destaca que la pregunta sobre el sufrimiento y el dolor remite a la pregunta sobre el sentido de la vida. Para aclarar la interrogante Juan Pablo II inicia su exposición con la afirmación que el sufrimiento parece ser esencial a la naturaleza del hombre en tanto muestra la profundidad de nuestro ser que es incapaz de satisfacerse en las cosas superficiales a las que puede acceder con cierta facilidad, y nos muestra de esta manera nuestra necesidad de trascendencia, de estar destinados a superarnos a nosotros mismos. En segundo lugar tiene como función servir a la conversión al mostrarnos tanto nuestra fragilidad como las cosas verdaderamente importantes, con lo que nos deja en capacidad de reconstruir el bien en nosotros y en la comunidad.

En este camino de reconstrucción es que se puede ubicar *Reconciliatio et Paenitentia*, que une la conversión a la reconciliación. La necesidad de reconciliarnos nace de la nostalgia de la unidad

50

Cfr. *Salvifici Doloris* n° 7



que tuvimos, o que pudimos tener, y ella no puede ser menos profunda que la división que nos causa el dolor y que, en lenguaje teológico, se identifica con el pecado<sup>51</sup>. Esta conversión exige de la penitencia, o metanoia, que es el cambio profundo del corazón para cambiar la vida y la forma en que la vivimos.

La reconciliación tiene un derrotero que parte del reconciliarse consigo mismo, con los demás y con Dios para superar la ruptura radical del pecado.

La parábola del hijo pródigo<sup>52</sup> se convierte en el paradigma de esta reconciliación, especialmente porque nos muestra la conversión pero, más importante aún, porque nos muestra la fidelidad del amor que Dios tiene por el hombre. Esta misma parábola y su interpretación serán también el núcleo paradigmático de la encíclica *Dives in Misericordia*<sup>53</sup>.

Por otra parte, al tenor de lo anterior, el Papa desprende un nuevo significado para el pecado: es un acto suicida, porque excluye del horizonte de realización, personal y social, a Dios<sup>54</sup>. Es pecado en cuanto es ruptura y por lo tanto no sólo afecta al que directamente lo comete sino que también al conjunto de la sociedad. En este último sentido es que habla extensamente del «pecado social», entendido como una «solidaridad negativa»<sup>55</sup>. Pero pareciera que nuestra época se caracterizara por una pérdida del sentido del pecado, al exculpar al hombre de su responsabilidad y cargarla en causas externas a él<sup>56</sup>. Por otra parte se diluye el sentido

51. Cfr. *Reconciliatio et Paenitentia* n° 3.

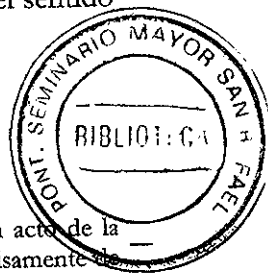
52. *Ibid.*, n° 5 y ss.

53. Cfr. *Dives in Misericordia* n° 5 y 6.

54. Cf. *Reconciliatio et Paenitentia* n° 14 y 15.

55. *Ibid.*, n° 16.

56. «El pecado, en sentido verdadero y propio, es siempre un acto de la persona, porque es un acto libre de la persona individual, y no precisamente de un grupo o comunidad. Este hombre puede estar condicionado, apremiado, empujado por no pocos ni leves factores externos; así como puede estar sujeto también a tendencias, taras y costumbres unidas a su condición social. En no pocos casos dichos factores externos e internos pueden atenuar, en mayor o menor grado, su libertad y, por lo tanto, su responsabilidad y culpabilidad. Pero es una verdad de fe, confirmada por nuestra experiencia y razón, que la persona humana es libre. No se puede ignorar esta verdad con el fin de descargar en realidades externas —las estructuras, los sistemas, los demás— el pecado de los



del pecado cuando se le identifica erróneamente con el sentimiento morboso de culpa o con la simple transgresión de normas o preceptos legales<sup>57</sup>. De ahí la necesidad de restablecer el sentido justo del pecado como un daño a nosotros mismos y a los demás, del cual somos responsables.

Finalmente *Evangelium Vitae* nos vuelve al inicio de esta línea argumental: el valor incomparable de la persona humana, comenzando por reconocer que la vida tiene valor también en su fase temporal, aún cuando esté destinada a su plena realización en la trascendencia de la vida eterna<sup>58</sup>, lo que la hace una realidad sagrada que no puede ser profanada. En esta afirmación, que evidentemente recurre a la Revelación, no está excluido el esfuerzo por descubrir también en la ley natural el carácter sagrado de la vida desde su inicio hasta su término.

Frente a esta declaración de principios se reconoce una serie de amenazas a la vida humana en la actualidad: desde la mala utilización del progreso científico y técnico que permite nuevas formas de agresión contra la dignidad del ser humano<sup>59</sup>, hasta la conformación de una crisis cultural que engendra escepticismo en los fundamentos mismos del saber y de la ética, haciendo cada vez más difícil ver con claridad el sentido de la vida del hombre, de sus derechos y deberes y que el hombre no está predestinado al mal

---

individuos», *Reconciliatio et Paenitentia* n° 16. «Se diluye este sentido del pecado en la sociedad contemporánea también a causa de los equívocos en los que se cae al aceptar ciertos resultados de la ciencia humana. Así, en base a determinadas afirmaciones de la psicología, la preocupación por no culpar o por no poner frenos a la libertad, lleva a no reconocer jamás una falta. Por una indebida extrapolación de los criterios de la ciencia sociológica se termina —como ya he indicado— con cargar sobre la sociedad todas las culpas de las que el individuo es declarado inocente. A su vez, también una cierta antropología cultural, a fuerza de agrandar los innegables condicionamientos e influjos ambientales e históricos que actúan en el hombre, limita tanto su capacidad que no le reconoce la capacidad de ejecutar verdaderos actos humanos y por lo tanto, la posibilidad de pecar», *Ibid.*, n° 18.

<sup>57</sup> *Ibid.*

<sup>58</sup> Cfr. *Evangelium Vitae* n° 2.

<sup>59</sup> *Ibid.*, n° 4.

sino que es libre en cuanto esta libertad sea responsabilidad y compromiso con el prójimo<sup>60</sup>.

Más claramente habla de verdaderas estructuras de pecado que han establecido auténticas «culturas de la muerte» cuando la sociedad se basa en la eficiencia<sup>61</sup>. Por este criterio, que pretende ser reconocido como valor en nuestra época, la libertad reniega de sí misma y se dispone a la eliminación del «otro» porque no reconoce ni respeta su vínculo constitutivo con la verdad, deteriorándose de este modo la convivencia social y convirtiéndose a cada hombre en más eficiente para competir con los demás<sup>62</sup>.

Adicionalmente la cultura democrática<sup>63</sup>, llevada a una corrupción de su idea original de igualdad de derechos, termina por concluir en que la verdad es aquella que coincide con las convicciones de la mayoría, llevando a la sociedad a un relativismo ético que deteriora aún más la convivencia.

Frente a ella promueve una nueva cultura de la vida humana basada en la afirmación de los vínculos<sup>64</sup> y en el don

<sup>60</sup> Ibid., n° 11.

<sup>61</sup> «En efecto, si muchos y graves aspectos de la actual problemática social pueden explicar en cierto modo el clima de extendida incertidumbre moral y atenuar a veces en las personas la responsabilidad objetiva, no es menos cierto que estamos frente a una realidad más amplia, que se puede considerar como una verdadera y auténtica *estructura de pecado*, caracterizada por la difusión de una cultura contraria a la solidaridad, que en muchos casos se configura como verdadera «cultura de la muerte». Esta estructura está activamente promovida por fuertes corrientes culturales, económicas y políticas, portadoras de una concepción de la vida basada en la eficiencia», *Evangelium Vitae* n° 12.

<sup>62</sup> Ibid., n° 19 y 20.

<sup>63</sup> Ibid., n° 20, 60, 70 y 90.

<sup>64</sup> «Con esta concepción de la libertad, la convivencia social se deteriora profundamente. Si la promoción del propio yo se entiende en términos de autonomía absoluta, se llega inevitablemente a la negación del otro, considerado como enemigo de quien defenderse. De este modo la sociedad se convierte en un conjunto de individuos colocados unos junto a otros pero sin vínculos recíprocos: cada cual quiere afirmarse independientemente de los demás, incluso haciendo prevalecer sus intereses. Sin embargo, frente a los intereses análogos de otros, se ve obligado a buscar cualquier forma de compromiso, si se quiere garantizar a cada uno el máximo posible de libertad en la sociedad. Así desaparece toda referencia a valores comunes y a una verdad absoluta para todos; la vida social se adentra en las arenas movedizas de un relativismo

sincero de sí mismo que nos llevarán, una vez más al ejercicio operante de la caridad y al compromiso político entendido como el hacernos cargo del prójimo.

Si alguna conclusión me atrevo a sugerir respecto de este primer grupo de documentos es que de ellos se desprende una afirmación central: la nobleza del amar y la dignidad del ser humano en su dimensión corporal e histórica.

## 2. Los documentos teológicos eclesiales.

### Misión y vocación de la Iglesia

Este segundo grupo de documentos del Magisterio de la Iglesia, correspondientes al pontificado de S.S. Juan Pablo II, lo iniciaré con una trilogía que abarca *Dominum et Vivificantem* (1986) y que se refiere al Espíritu Santo, *Dives in Misericordia* (1980) que se refiere al Padre y *Redemptoris Missio* (1990) que tiene como tema central al Hijo. A través de estos tres documentos va delineando el perfil de la Iglesia tanto en su origen como en su misión y vocación de servicio a la evangelización.

#### 2.1. La Iglesia y su misión

En *Dominum et Vivificantem* el Papa comienza hablando de la relación entre el Espíritu Santo y la Iglesia, por la cual ella misma se hace partícipe de la vida de Dios uno y trino, de un Dios que, en su vida íntima, «es amor» como don increado y del cual el Espíritu Santo es la expresión personal de la donación<sup>65</sup>. La Iglesia nace el día de Pentecostés bajo la acción del Espíritu y es sólo gracias a Él que perdura y cumple su misión en la historia.

Dos son las temáticas con las que Juan Pablo II explora la influencia del Espíritu Santo en la Iglesia. La primera tiene que ver

---

absoluto. Entonces todo es pactable, todo es negociable: incluso el primero de los derechos fundamentales, el de la vida», *Evangelium Vitae* n° 20. Ver también *Ibid.*, n° 19, 34 y 81.

<sup>65</sup> Cfr. *Dominum et Vivificantem* n° 10.

con el pecado<sup>66</sup> y la segunda con la vida.<sup>67</sup> Un nuevo acercamiento al concepto de pecado, complementario de los anteriores, es que éste es incredulidad y por lo mismo rechazo de la misión de Jesús que es la Verdad. Sólo el Espíritu puede convencer al hombre y a la conciencia humana de la Verdad, la que se relaciona a su vez con la justicia entendida como la salvación definitiva. El pecado contra el Espíritu es rechazar la salvación que Dios ofrece y reivindicar un pretendido «derecho a perseverar en el mal»<sup>68</sup>, vale decir en la negación misma de la vida por rechazo de Aquel que es capaz de darla.

El Espíritu que da la vida encuentra tensión y resistencia en nuestra realidad humana, sea en el interior de cada hombre como «especialmente en la época moderna, como cultura y como civilización, como sistema filosófico, como ideología y como programa de acción y formación de comportamientos»<sup>69</sup> que encuentra su máxima expresión en el «materialismo» que significa exclusión de Dios. Frente a este panorama reafirma que el Espíritu fortalece al hombre interior, su dimensión espiritual.

Por su parte *Dives in Misericordia* nos pone frente a la revelación de la misericordia de Dios Padre. Así, al poner al Padre como paradigma de su actuar hace que la Iglesia deba recorrer este mismo camino de encuentro con el hombre y de fidelidad en el amor<sup>70</sup>. La misericordia es la capacidad de conmoverse frente a la

<sup>66</sup> Ibid., n° 27 y ss.

<sup>67</sup> Ibid., n° 49 y ss.

<sup>68</sup> Ibid., n° 56.

<sup>69</sup> «Por desgracia, la resistencia al Espíritu Santo, que San Pablo subraya en la *dimensión interior* y subjetiva como tensión, lucha y rebelión que tiene lugar en el corazón humano, encuentra en diversas épocas históricas y, especialmente, en la época moderna su *dimensión externa*, concentrándose como contenido de la cultura y de la civilización, como sistema filosófico, como ideología, como programa de acción y formación de los comportamientos humanos. Encuentra su máxima expresión en el *materialismo*, ya sea en su forma teórica —como sistema de pensamiento— ya sea en su forma práctica —como método de lectura y de valoración de los hechos— y además como programa de conducta correspondiente», Ibid., n° 56.

<sup>70</sup> «Jesús, sobre todo con su estilo de vida y con sus acciones, ha demostrado cómo en el mundo en que vivimos *está presente el amor*, el amor operante, el amor que se dirige al hombre y abraza todo lo que forma su

miseria del otro, de promover y extraer el bien de todas las formas de mal existentes en el hombre y en el mundo<sup>71</sup>. Sin embargo, el mundo contemporáneo parece oponerse al Dios de la misericordia y arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia porque la ciencia y la técnica, la eficiencia que ambas parecen estar siempre buscando, no dejan espacio a la compasión, sino sólo a los vencedores<sup>72</sup>.

El mensaje mesiánico hace presente justamente el amor operante de Jesús, que se pone en contacto con toda la condición humana histórica, con su fragilidad y limitación. Con ello Cristo hace presente al Padre en cuanto amor y misericordia y los convierte en exigencia (*ethos*) para ser discípulos suyos. Nuevamente en esta encíclica presenta la parábola del hijo pródigo para ejemplificar el acercamiento a la debilidad humana desde el amor más que desde la simple justicia. Por ello es que uno de los acápites más significativos de esta encíclica es el que se refiere a la insuficiencia de la justicia<sup>73</sup> para la vida de los hombres y de la sociedad, ya que la justicia puede regular la convivencia pero es incapaz de generar vida. Con esto no se niegan las exigencias objetivas de la justicia en orden a la reparación del mal hecho, pero

---

humanidad. Este amor se hace notar particularmente en el contacto con el sufrimiento, la injusticia, la pobreza; en contacto con toda 'la condición humana', histórica, que de distintos modos manifiesta la limitación y la fragilidad del hombre, bien sea física, bien sea moral. Cabalmente el modo y el ámbito en que se manifiesta el amor es llamado 'misericordia' en el lenguaje bíblico», *Dives in Misericordia* n° 3.

<sup>71</sup> «El significado verdadero y propio de la misericordia en el mundo no consiste únicamente en la mirada, aunque sea la más penetrante y compasiva, dirigida al mal moral, físico o material: la misericordia se manifiesta en su aspecto verdadero y propio, cuando revalida, promueve y *extrae el bien de todas las formas del mal* existentes en el mundo y el hombre. Así entendida, constituye el contenido fundamental del mensaje mesiánico de Cristo y la fuerza constitutiva de su misión», *Ibid.*, n° 12.

<sup>72</sup> *Ibid.*, n° 11.

<sup>73</sup> «La experiencia del pasado y de nuestros tiempos demuestra que la justicia por sí sola no es suficiente y que, más aún, puede conducir a la negación y al anquilamiento de sí misma, si no se le permite *a esa forma más profunda que es el amor* plasmar la vida humana en sus diversas dimensiones», *Ibid.*, n° 12.

tampoco niega el perdón, de la cual la Iglesia se constituye en custodia de su autenticidad.

Por su parte la encíclica *Redemptoris Missio* se dedica a la fe en Cristo y su relación con la libertad del hombre y con la construcción del Reino. Una primera acotación destacable es que el anuncio de Cristo y de su Evangelio deben hacerse respetando las conciencias<sup>74</sup>, ya que la Iglesia al ser signo e instrumento de salvación debe permitir tanto el experimentar la misericordia de Dios como la propia responsabilidad. La salvación no es impuesta, sino que es ofrecida a todos los hombres<sup>75</sup>. La Iglesia debe servir para ponerla a disposición de todos los hombres y no convertirse ella misma en un obstáculo para que el don de Dios sea aceptado. Pero también se deben considerar las condiciones socioculturales que no permiten acceder a este don.

Porque la salvación tiene relación final con el Reino<sup>76</sup> es que hay en este documento una preocupación especial respecto a reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana, como una suerte de ciencia del vivir bien, lo que sería una secularización del mensaje evangélico, como aceptar reducir el Reino a las necesidades terrenas del hombre, por más que éstas sean urgentes y necesarias, ya que de este modo se le amputan sus dimensiones más profundas y auténticas. Cristo hace presente el Reino no sólo por lo que dice o hace sino por lo que Él mismo es. De aquí nuevamente la necesidad de la conversión interior y de cómo la Iglesia se pone al servicio del Reino aceptando el influjo del Espíritu Santo como verdadero y real protagonista de la misión eclesial. Su presencia puede ser reconocida en la unida fundamental de la misión eclesial así como en el testimonio de un

<sup>74</sup> Cfr. *Redemptoris Missio* n° 8.

<sup>75</sup> «Es necesario, pues, mantener unidas estas dos verdades, o sea, la posibilidad real de la salvación en Cristo para todos los hombres y la necesidad de la Iglesia en orden a esta misma salvación. Ambas favorecen la comprensión del *único misterio salvífico*, de manera que se pueda experimentar la misericordia de Dios y nuestra responsabilidad. La salvación, que siempre es don del Espíritu, exige la colaboración del hombre para salvarse tanto a sí mismo como a los demás. Así lo ha querido Dios, y para esto ha establecido y asociado a la Iglesia a su plan de salvación», *Ibid.*, n° 9 y 10.

<sup>76</sup> *Ibid.*, n° 21 al 27.

cierto pluralismo que muestra el empuje dinámico del mismo Espíritu.

Finaliza este documento con un llamado a encarnar el Evangelio en las culturas de los pueblos, de forma de hacerlo significativo en sus vidas sin que ello signifique menoscabo de su núcleo esencial<sup>77</sup>.

## 2.2. Las tareas y los desafíos

La carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente* (1994) se enmarca en la preocupación del Sumo Pontífice de preparar a la Iglesia de cara al tercer milenio de la cristiandad. Además de especificar las etapas con sus objetivos propios respecto de la celebración de este acontecimiento, sitúa a la Iglesia nuevamente frente a su misión como instrumento de la salvación ofrecida por Dios a través del Misterio Pascual.

La expresión de salvación que se ofrece a los hombres le permite introducirse en la relación entre la salvación y el consentimiento de los hombres para aceptarla<sup>78</sup>. Si bien la encarnación<sup>79</sup> del Hijo renueva el orden cósmico de la creación, lo hace porque Cristo permite la plenitud del hombre al revelar el plan de Dios sobre su propia existencia y la consiguiente sublimidad de su vocación. La grandeza de esta revelación consiste en que la encarnación muestra como Dios viene al encuentro del hombre, al mismo tiempo que el hombre lo busca en el viejo anhelo de todas las religiones<sup>80</sup>. Este movimiento de Dios hacia los hombres muestra, una vez más, su amor que es capaz de redimir al hombre aunque éste se aleje de Dios para depositar su confianza en su propia capacidad de alcanzar o de construir una verdad.

Pero el hombre no sólo desea conocer la verdad de las cosas que le rodean sino que desea vivir para siempre o, al menos,

<sup>77</sup> Ibid., n° 86.

<sup>78</sup> «La respuesta de María al mensaje evangélico fue clara: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc. 1, 38). Nunca en la historia del hombre tanto dependió, como entonces, del consentimiento de la criatura humana», *Tertio Millennio Adveniente* n° 6 y 7.

<sup>79</sup> Ibid., n° 3 y ss.; *Dives in Misericordia* n° 2.

<sup>80</sup> Cfr. *Tertio Millennio Adveniente* n° 6 y 7.



conocer lo que hay después de la muerte. Esta es tal vez la pregunta fundamental que le da sentido a la vida. La vida transcurre en el tiempo y es allí donde se desarrolla la Historia de la Salvación<sup>81</sup>, siendo prueba de ello tanto la encarnación como la fundación misma de la Iglesia como instrumento de esta verdad salvífica que se nos entrega a través de Jesucristo. Dado que la historia de la salvación se ejecuta en el tiempo y en la historia, el Papa vuelve a rescatar el concepto de la autonomía de las realidades terrenales de la que Dios mismo es garante<sup>82</sup>.

En el marco dado por los anteriores conceptos se indican las tareas y desafíos que la Iglesia debe encarar al cruzar el umbral del tercer milenio. Es, con seguridad, una de las tareas más difíciles que deberemos asumir como conjunto eclesial ya que implica en primer lugar el reconocimiento de nuestros errores, infidelidades, incoherencias y lentitudes y luego, cuando corresponda, el arrepentimiento por la aceptación de métodos de intolerancia e incluso de violencia en el servicio de la verdad<sup>83</sup>, cuando ésta debe ser ofrecida y aceptada. En el marco de este reconocimiento de las responsabilidades, pasadas y actuales, en los males de nuestro tiempo que manifiestan la incoherencia de nuestro actuar, surge la invitación al diálogo y al discernimiento de la relación de la Iglesia con el mundo.

Justamente en este marco de diálogo y reconocimiento de nuestros propios errores se ubica la encíclica *Ut Unum Sint* (1995), que en lo medular es un llamado a la unidad de los cristianos, fundado en que Cristo llama a los discípulos a la unidad y es por ella que serán reconocidos como tales. No basta el solo deseo de unidad, sino también una mirada honesta ante los problemas que esta unidad nos presenta: divergencias doctrinales, incomprensiones ancestrales, malentendidos y prejuicios, inercia, indiferencia e insuficiente conocimiento recíproco. Por ello se hace necesaria una purificación de la memoria histórica que nos lleve a

<sup>81</sup> Ibid., n° 10.

<sup>82</sup> Ibid., n° 20.

<sup>83</sup> Ibid., n° 33 al 36.

reconsiderar juntos nuestro doloroso pasado, junto con una mirada limpia y sosegada de la verdad.<sup>84</sup>

Para mirar esta verdad la encíclica *Veritatis Splendor* (1993) nos señala, nuevamente, que ella atiende a las preguntas fundamentales del hombre. Aún cuando éste se ve continuamente tentado a apartar su mirada de Dios para buscar una verdad ilusoria fuera de la verdad misma que es el Dios que se le ofrece<sup>85</sup>, persiste en él el deseo de un sentido que no sea autorreferido. Por lo mismo la respuesta que busca sólo es posible gracias al esplendor de la verdad que brilla en lo más íntimo del espíritu humano, cuando el hombre se encuentra con la persona misma de Jesucristo<sup>86</sup>.

Los objetivos declarados de esta encíclica son la voluntad de contribuir a una mejor comprensión de las exigencias morales, en los distintos ámbitos de la existencia humana, y el reflexionar sobre las nuevas concepciones antropológicas y éticas que desvinculan la libertad humana de su relación esencial y constitutiva con la verdad<sup>87</sup>. Ambas, la libertad y las nuevas concepciones antropológicas, facilitan un relativismo ético que tendría como base un subjetivismo moral capaz de crear sus propios valores o, por otra parte, descargar las responsabilidades personales en la diversidad de condiciones sociales y culturales que afectan al hombre.

Sobre la bondad<sup>88</sup> es que vierte el tema central de esta encíclica, ya que en tanto algo sea verdadero deberá también ser

<sup>84</sup> Cfr. *Ut Unum Sint* n° 2.

<sup>85</sup> Cfr. *Veritatis Splendor* n° 1.

<sup>86</sup> «Así la Iglesia, pueblo de Dios en medio de las naciones, mientras mira atentamente a los nuevos desafíos de la historia y a los esfuerzos que los hombres realizan en la búsqueda del sentido de la vida, ofrece a todos la respuesta que brota de la verdad de Jesucristo y de su Evangelio», *Ibid.*, n° 2.

<sup>87</sup> «Ya no se trata de contestaciones parciales y ocasionales, sino que, partiendo de determinadas concepciones antropológicas y éticas, se pone en tela de juicio, de modo global y sistemático, el patrimonio moral. En la base se encuentra el influjo, más o menos velado, de corrientes de pensamiento que terminan por erradicar la libertad humana de su relación esencial y constitutiva con la verdad. Y así, se rechaza la doctrina tradicional y sobre la universalidad y permanente validez de sus preceptos», *Ibid.*, n° 4.

<sup>88</sup> *Ibid.*, n° 6 al 21.

bueno. La pregunta sobre la verdad y la pregunta sobre lo bueno terminan remitiendo en último término al Creador en tanto que es la causa desde la cual se puede dar respuestas a ambas preguntas. Desde esta perspectiva la vida moral es una respuesta de amor<sup>89</sup> al amor gratuito de Dios y por lo tanto se constituye en el punto central del ordenamiento de su actuar humano.

Justamente porque el hombre está constantemente preocupado de la verdad y del sentido es que dedica su última encíclica, *Fides et Ratio* (1998) a analizar este encuentro, progresivo y simultáneo en diversas culturas, con la verdad<sup>90</sup>. Esta Búsqueda constante muestra la urgencia del interrogante sobre el sentido de las cosas y de la propia existencia. De las respuestas que se den a los interrogantes fundamentales en la vida del hombre dependerá la orientación que dé a su existencia<sup>91</sup>.

La Iglesia posee el depósito de la verdad revelada y con él se hace partícipe en el esfuerzo común que lleva a cabo la humanidad para alcanzar la verdad. Esta contribución la hace responsabilizándose «del anuncio de las certezas adquiridas, incluso desde la conciencia que toda verdad alcanzada es sólo una etapa hacia aquella verdad total que se manifestará en la revelación última de Dios»<sup>92</sup>.

De diversos modos la temática de los documentos que he presentado nos sitúan frente a la cultura moderna y a su forma de enfrentar el tema de la verdad y del sentido, ya que es el telón de fondo y el interlocutor del magisterio de Juan Pablo II, como de toda la Iglesia, desde el Concilio Vaticano II. Por una parte se le debe reconocer a la cultura moderna haber concentrado su atención en el hombre, pero también se le debe señalar el olvido de

<sup>89</sup> Ibid., n° 10.

<sup>90</sup> «Tanto en Oriente como en Occidente es posible distinguir un camino que, a lo largo de los siglos, ha llevado a la humanidad a encontrarse progresivamente con la verdad y a confrontarse con ella. Es un camino que se ha desarrollado —no podía ser de otro modo— dentro de la autoconciencia personal: el hombre cuanto más conoce la realidad y el mundo y más se conoce a sí mismo en su unicidad, le resulta más urgente el interrogante sobre el sentido de las cosas y sobre su propia existencia», *Fides et Ratio* n° 1.

<sup>91</sup> Ibid.

<sup>92</sup> Ibid., n° 2.

su trascendencia, que ancló a este mismo hombre en el pragmatismo<sup>93</sup> y en una cierta soberbia respecto de su propia capacidad de generar la verdad.

Un documento complementario que no puede ser omitido es la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* (1990) por cuanto define la labor de la Universidad Católica en torno a «la ardiente búsqueda de la verdad y su transmisión desinteresada a los jóvenes y a todos aquellos que prenden a razonar con rigor, para obrar con rectitud y para servir mejor a la sociedad»<sup>94</sup>. De ahí que la Universidad se convierta en un lugar privilegiado para el diálogo con la cultura de nuestro tiempo, proclamando el sentido de la verdad<sup>95</sup>.

A modo de conclusión, así como el primer grupo de documentos nos resaltan la nobleza y la dignidad del ser concreto y situado, este segundo grupo nos destaca la nobleza y la obligación del pensar y de rescatar para el hombre la dimensión trascendente.

<sup>93</sup> Dice: «la razón misma, movida a indagar en forma unilateral sobre el hombre como sujeto, parece haber olvidado que éste también está llamado a orientarse hacia una verdad que lo trasciende. Sin esta referencia, cada uno queda a merced del arbitrio y su condición de persona acaba por ser valorada con criterios pragmáticos basados esencialmente en el dato experimental, en el convencimiento erróneo que todo debe ser dominado por la técnica (...). Con falsa modestia, se conforman con verdades parciales y provisionales, sin intentar hacer preguntas radicales sobre el sentido y el fundamento último de la vida humana, personal y social. Ha decaído, en definitiva, la esperanza de poder recibir de la filosofía respuesta definitivas a tales preguntas», *Ibid.*, n° 5.

<sup>94</sup> Cfr. *Ex Corde Ecclesiae* n° 2.

<sup>95</sup> *Ibid.*, n° 3 y 4.